

Blanca Álvarez Caballero

En la casa del Diezmo

I

Desenredo tu vida (los recuerdos).
Y quisiera haber sido esa mujer enamorada.
La misma que en las tardes, tan sonriente,
iluminara el teatro no sólo con las comedias de algún Molière.

II

Devora sus lecturas, amante del gusto de tu reino.
Ya si Molière o La Fontaine,
Tartufo da unas vueltas mientras la actriz escucha atenta.
Unas tardes inquisidora y otras, en el suspiro.
Pero hoy desnuda, blanca y simple:
Tan sólo a flor de piel.

III

Ser el pan que comías y el vino que degustabas con los tuyos.
Ser la pequeña esquina,
rincón donde en la casa saboreaste los dulces de Racine,
diálogos con Voltaire y una palabra justiciera en Cicerón.
Ser el baúl de las prohibidas cartas,
la habitación del beso en la delgada línea
que aún siente en comisuras una manzana roja
desde el balcón soleado donde cuece la luz la infusión con guayabas
y una mujer curiosa te espera desde ese umbral.

Ser la inocencia joven ante el encanto sumo de vestidura negra.
Ante livianas botas que quita, una a una.
La sotana se entibia y se calienta.
El grosor de sus labios transita bajo el cuello.
Él desabrocha los botones de ella
y su mirada clara, verde uva,
profundiza en sus ojos, sus mejillas.
Desnuda su saliva el transparente velo
que en rozados pezones desvanecen la luna.
Se cierra aquel balcón.